

# “MASCARADA POLÍTICA”

por *López*

## “MASCARADA POLÍTICA”

*“...cuando encuentro que alguien*

*se emboza actuando...*

*sólo veo remedos de humanidad.*

*Lo que podrían haber sido y no son*

*entre vanaglorias y compasión”*

**F. Delgadillo**

Al alba del tercer milenio, el reacomodo mundial de los poderes económicos, políticos y culturales define nuevos liderazgos e interrelaciones entre las naciones. El cuestionamiento sobre la validez y la bondad de la globalización ya no tiene cabida porque el fenómeno es imparable. Resistirse al hecho es negar la realidad. En oriente China se perfila como la mayor economía mundial, más por el tamaño de su población como mano de obra que por sus fortalezas tecnológicas e intelectuales, y en occidente EUA continúa con su dinámica de confrontación internacional —algo que México no salva— impulsada por el neoconservadurismo anglosajón que peca de miopía al no percibir la diversidad étnica con la que cohabita. Por otro lado, con excepción de la ejemplar y envidiable democracia chilena, América Latina permanece estancada en un debate político del siglo antepasado: la disyuntiva entre un tipo de regímenes democrático-liberales u otro tipo de corte más estatista que amenaza con retornar al autoritarismo populista y, en algunos casos, a un indigenismo ingenuo, nostálgico, cuasi utópico.

Mientras afuera el mundo define los protagonismos y se reparte los beneficios, en México no hacemos algo muy distinto del resto de Latinoamérica. Aún cuando 2006 representa para México una oportunidad única, pues el año es, quizá, uno de los puntos de inflexión más importantes de su devenir después de la alternancia experimentada el 2 de julio del 2000, en el país parecemos no darnos cuenta de la relevancia histórica del momento y continuamos enfrascados en una desgastadora batalla ideológica que pretende decidir entre la izquierda y la derecha.

Pero ¿qué hace de 2006 un año especial, más allá de la circunstancia electoral? Muy simple —como ya lo hizo ver Enrique Krauze en un artículo de **Letras Libres**: 2006 representa para toda la nación la oportunidad irrepetible de demostrar que podemos refrendar nuestra endeble democracia. Qué podemos repetir unas elecciones limpias y una transferencia pacífica y cordial del máximo poder institucional con el que contamos: el Ejecutivo.

El refrendo, en otro sentido, entraña corroborar lo anteriormente hecho afirmándolo. En esta connotación de refrendo es dónde radica la debilidad democrática de México. Si bien todos parecemos confiar en nuestras instituciones electorales (salvo uno que otro político desfavorecido y, en consecuencia, despechado), resulta que nuestra incipiente democracia de elección no alcanza porque nos hacen falta todavía muchísimos rasgos de una cultura política avanzada en este complicado sistema de gobierno. La democracia, para que sea enteramente funcional, requiere de una serie de fundamentos prepolíticos anteriores a las elecciones y que se arraigan en la cultura

cívica de las sociedades —Habermas *dixit*. Allí están la obligación del voto y la propuesta, el respeto por el disenso, el afán del debate y la búsqueda del consenso que posibilitan la afirmación de lo qué, en el fondo, es una democracia: un sistema justo de acceso y uso del poder por las mayorías sin suprimir los derechos de las minorías.

En tiempos en que la palabra “campaña” es expresión diaria, a los mexicanos nos cuesta mucho trabajo el aprendizaje y ejercicio de dichas virtudes políticas. Nos cuesta porque los medios no hacen otra cosa que mostrarnos en exceso escándalos de corrupción, descalificaciones, exageraciones y notas amarillistas y rojas bajo el argumento de que su trabajo es decir la verdad desnuda, y como la imagen no miente, entonces ellos, cámara en mano, se convierten en apóstoles de dicha Verdad. Nos cuesta trabajo, también, tras el entendimiento de que los medios no pueden mostrar una cosa distinta porque así son nuestras instituciones y nuestros representantes políticos, los cuáles —peor todavía— están allí porque nosotros mismos los hemos colocado mediante el voto del descarte. Y nos cuesta especial trabajo porque entre la avalancha de “información” que desatan los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión, los mexicanos hemos terminado por aceptar todo lo publicado sin asombro, sin la más mínima capacidad de abstracción y, por lo tanto, sin una pizca de razonamiento crítico. Ya no escuchamos, únicamente oímos; ya no observamos, simplemente vemos la superficie multicolor y, dolorosamente, ya no pensamos. En una época en que el acto cotidiano de pensar es profundamente necesario, imprescindible, sobre todo en el quehacer político, los mexicanos nos resistimos a hacerlo, ya por pereza, ya por desilusión. La terrible consecuencia es un círculo vicioso en que la opinión pública no se forma o se mal-forma, opinión que luego

se convierte en representación política porque los partidos son sólo la punta de la sociedad de la que surgen y porque tal cuáles son elegidos; el círculo se cierra con la transmisión comunicativa de la mediocridad que representan y que luego el pueblo asimila sin otra razón que la de haber aparecido más tiempo en la “tele”.

Con base en lo anterior, la necesidad actual de hacer un análisis crítico de tres instituciones que juegan un papel central, protagónico, en la afirmación de nuestra democracia: las elecciones, los partidos políticos y los medios de comunicación. A continuación pretendemos hacer un recorrido sobre la responsabilidad política de cada uno en un régimen democrático para, por último, concluir sobre la tarea pendiente del elemento fundamental de un estado: nosotros —tú y yo—, el ente colectivo, la sociedad.

## **LA FIESTA.**

Una elección es, en términos estrictos, el evento mediante el cual distintos individuos, representantes de partidos políticos surgidos de la sociedad, tienen la oportunidad de acceder al poder si son mayoritariamente votados. En tanto la conversión de la voluntad pública en autoridad formal vía las urnas, una elección es la materialización instantánea del espíritu democrático.

Sin embargo, de la misma manera que con muchas otras instituciones de una democracia, en México hemos trascendido el significado social y político del proceso electoral y lo hemos tergiversado. En México las elecciones se han convertido en un ritual. La boleta cruzada y la mancha en el pulgar son una alegoría y el suceso del voto

una liturgia. Todavía más allá, para los mexicanos las elecciones son una fiesta. Nos gustan los micrófonos y los mítines tanto como las ferias de los Santos patronos en las comunidades rurales. Nuestro calendario electoral es sólo superado por nuestros asuetos y días festivos. Recordemos, para muestra, aquella propuesta de fijar al 2 de julio como el “Día de la Democracia” e incluirlo en la lista de feriados.

Del mismo modo que en la fiesta paciana, durante las elecciones el tiempo se detiene y los eventos se suspenden. Ya no existen proyectos ni reformas, todo es preparativo previo para la fiesta: música, comida, bebida, invitaciones... *campaña*. Y, en congruencia con nuestra idiosincrasia, la fiesta es ostentación, opulencia, derroche. Hacemos elecciones eficaces y limpias, es verdad, pero las más costosas y frecuentes del mundo; nuestras credenciales de elector son un alarde de sofisticación tecnológica y el despliegue de recursos humanos y económicos es tan impresionante como excesivo.

Al desperdicio se agrega otra peculiaridad, las elecciones en México son dirigidas y organizadas por el Instituto Federal Electoral pero llevadas a cabo completamente por ciudadanos. Los comicios se identifican con la fiesta porque los anfitriones somos todos; durante un domingo cada seis años la gente común sale a la calle y se vuelve funcionaria de casilla, durante un día el pueblo de México es el Gran Anfitrión de la Gran Celebración. Razón de más para demostrar la abundancia de la casa propia, aunque sea por mera apariencia.

En toda fiesta mexicana el caos y la licencia reinan por encima del orden y la templanza. Durante el período electoral, tanto al Gran Anfitrión como a los invitados de

honor —los partidos políticos y sus candidatos— les está permitida la ofensa y el arbitrio. Desde momentos previos al proceso electoral el ambiente de permisividad empieza a respirarse y se vuelve asfixiante en la víspera del suceso. En tiempos electorales la premisa es sencilla, todo es válido mientras sea útil y eficaz: insultos, descalificaciones, filtraciones de información, amenazas, guerra sucia. Y cómo nuestra legislación electoral presenta importantes vacíos en términos de reglamentación e instrumentación de procedimientos y tiempos de campañas y precampañas, candados para el financiamiento privado, condiciones de acceso a los medios, entre otras, la maquiavélica frase cobra más actualidad que nunca:

*“El fin justifica los medios.”*

En el libertinaje e irresponsabilidad del hablar y el actuar los sujetos rebasan los límites de la civilidad y hasta de lo creíble. El afán por la apariencia se sublima y transmuta en representación. La política mexicana exhibe en tiempos electorales tintes de una teatralidad que raya en el surrealismo. Basta escuchar los discursos demagógicos de corte setentero, atender a la pseudo-propuesta, observar la mezquindad de las actitudes. Por ello el modelo de la fiesta aplicado a las elecciones se vuelve insuficiente, porque sigue siendo realista mientras que la teatralidad del espectáculo posee un matiz de ficción. De modo que gracias a la naturaleza simuladora de nuestros actores, las elecciones en México son una fiesta, sí, pero un desfile de antifaces, una comparsa de máscaras. Un carnaval.

## COMPARSA DE MÁSCARAS.

Es necesario, antes de continuar, hacer una distinción. La máscara del político mexicano no es la misma que la del Disimulador de Octavio Paz en **El laberinto de la soledad**. La diferencia con la “máscara mexicana” radica en el propósito. Mientras que la máscara del Disimulador busca confundirlo, mimetizarlo hasta desaparecerlo; la máscara del político actual pretende hacerlo destacar entre los demás; la primera busca ser Nadie, la segunda anhela convertirse en Alguien. En el desfile de antifaces se apela al contraste del color, a la extravagancia de las formas para generar atracción y que en política se llaman el discurso florido, la propuesta radical, la campaña de lodo y miedo.

Pero no todos pueden asistir a la mascarada política, en México las invitaciones han sido exclusivas para un selecto grupo de personajes. Específicamente la popularidad se reparte en tres máscaras: tricolor, blanquiazul y amarilla. El resto han sido pequeños antifaces fugaces de variados diseños y tonalidades. La partidocracia de la que habla Sergio Sarmiento es una cuestión fáctica en nuestro país. PRI, PAN y PRD se han encargado de detener las propuestas de reformas legales que permitan una formación más sencilla y ágil de nuevos partidos y la participación de candidatos ciudadanos — recordemos el caso Castañeda. Y, de acuerdo con el filósofo alemán Joseph Ratzinger, una democracia que suprime los derechos de representación de las minorías corre el riesgo de caer en la tentación de todas las mayorías absolutas: la hegemonía y el aplastamiento.



En el concurso del *glamour* la envidia se hace presente. Puesto que el objetivo es captar miradas y convertirse en el centro de atención, la cooperación entre los partidos no puede darse porque el carnaval es una competencia por el aplauso. No es que la competencia política sea intrínsecamente nociva, es de hecho necesaria, lo importante es reconocer como vivir siempre en elecciones inhibe el progreso. El mecanismo de la competencia, según Nash, implica que lo que un participante gana tiene que ser cedido por otro participante, lo que ***The Game Theory*** cataloga como un juego de *suma cero*; el choque de intereses anula, así, cualquier posibilidad de consenso. Los distintos niveles de gobierno se ven imposibilitados de construir acuerdos e impulsar reformas debido a que los diputados y senadores están siempre en campaña, actuando movidos por intereses electorales y no por el bienestar público. Si las campañas permanentes resultan caras, las reformas postergadas son invaluable.

En las fiestas medievales la gula, la lujuria, la avaricia y la envidia predominaban siempre embozadas por un disfraz de maneras educadas, de buenas costumbres; el tinte grotesco del exceso se atenuaba con la elegancia de las ropas y la secrecía del antifaz. El mandamiento era que el gusto exquisito no debía perderse nunca. Pero, de nuevo, ni en la representación más trascendental de todas, la política, hemos sabido imitar con fidelidad. Parafraseando a Antonio Caso, si *el progreso se basa en la imitación*, nuestro futuro no se ve precisamente halagüeño. Mediante la pancarta *express*, el escupitajo cobarde y el pasamontañas *old-fashioned*, hemos hecho de la mascarada un espectáculo de carpa barata que gusta de Palacio y el recinto legislativo como arenas. La degradación corriente de la disputa política al *fake show* mexicano por antonomasia que tanto nos gusta: la lucha libre.

## **MEDIOS DE COMUNICACIÓN.**

Los medios impresos de comunicación nacionales muestran, desde hace algún tiempo, características de madurez. La libertad de expresión, iniciada en los últimos regímenes priístas y totalmente corroborada durante el gobierno de Vicente Fox, se afianza y presenciamos el nacimiento de un periodismo de investigación y propuesta realmente competido, plural y crítico. Acaso la única observación importante para quienes usan el poder de la tinta sea reconocer que la libertad de expresión no es sinónimo de libertinaje e impunidad y que la calumnia, la difamación o el chantaje, no son inherentes a la responsabilidad de ventilar la verdad en cuestiones de interés público. Vale la observación para los creadores del panfleto amarillista o el folleto ramplón. Y con la observación una alerta, la censura al periodismo, antes de la mano del gobierno, es ahora atribución del narco; especialmente en el norte de la república el archivo de fotógrafos, reporteros y editores asesinados, “silenciados”, se ve acrecentado año con año; y como no todos son Blancornelas, en el norte la investigación sobre delitos contra la salud y lavado de dinero se ve seriamente limitada por el temor.

Por otra parte, el *bipolio* televisivo en México dista mucho de ofrecer garantías para una situación similar a la de la prensa. Situación realmente grave, pues la televisión se ha convertido en el medio masivo de comunicación con mayor influencia en la formación de la opinión pública de México, un país que promedia la lectura de un libro al año, uno solo, *per capita*. La preocupación por el papel de la televisión en la vida de los

individuos y las sociedades no es un asunto nuevo, en **Homo Videns**, Giovanni Sartori denuncia, con autoridad y sabiduría, el efecto cultural regresivo de la televisión en la formación del ser humano. A lo largo del libro, el politólogo italiano desarrolla una serie de argumentos convincentes que demuestran que, al acercar al ser humano con el mundo sensible (el que se ve, se oye, se *siente*), la televisión contribuye en el deterioro de sus habilidades conceptuales y su capacidad de abstracción. En el libro se introduce una figura importante: el *videoniño*, un infante que antes de aprender a leer y escribir —mucho antes— se acostumbra a pasar hasta diez horas frente al televisor mientras sus padres están ausentes; de modo que antes del ingreso a la escuela *il bambino* se encuentra atiborrado de imágenes y mensajes publicitarios que le imposibilitan el desarrollo de habilidades de relaciones interpersonales y del mundo inteligible (el que con significados se *entiende*). En este proceso de adaptación televisiva —llamémosle así— el *videoniño* crece y se desarrolla dependiente de la caja vacía y su apéndice, el control remoto. Cuando sea adulto contará con poco tiempo libre y éste lo dedicará, consecuentemente, a ver televisión. Y ¿qué verá el *videoadulto*? Obviamente mostrará madurez y sintonizará el noticiero para estar informado, para saber lo que pasa en su ciudad, en su país, en el mundo y alardear de ello en el café de la tarde. Podría pensarse que aquí se salva el destino intelectual del individuo por el “sabio” giro en sus preferencias, pero no, si consideramos que los noticieros de la mayor parte del mundo dedican el mayor porcentaje de su contenido a notas sensacionalistas basadas en eventos sentimentaloides o violentos y que pretendan teñir de inteligencia con 45 minutos de programas de opinión y debate con invitados prominentes, entonces el *videoadulto* no se informa, repite en automático lo que hacía de niño: simplemente ver.

El *Homo Sapiens* evoluciona en *Homo Videns* y se convierte en algo idéntico al agente que lo transforma, en una cabeza igual, hueca, vacía, estúpida.

Profundizando en el tema, cabe cuestionar el papel de las empresas de televisión mexicanas en dicha formación del televidente. Alguna vez alguien prominente dijo que México tenía la televisión que se merecía, si contextualizo la verdad es atroz: ¡Qué poco nos merecemos hoy! Basta sintonizar cualquier canal de las dos grandes televisoras nacionales para notar la calidad de la información que se nos ofrece, mientras que Televisa, plagado de telenovelas rosas, pretende hacer un periodismo serio y templado que exhibe el tamaño grosero de sus presupuestos y que no alcanza para olvidar su anterior condescendencia con los gobiernos del PRI; TV Azteca basa su fuerza informativa en noticieros breves, conducidos por líderes fuertes que rememoran el caudillismo de antaño o mujeres atractivas con poca pericia profesional, sustentados en la nota sensacionalista de niños huérfanos, *asesinos de cumbres* y *mataviejitas* que, no por ser menos graves, resultan intrascendentes para la vida nacional. Acaso el Canal Once se erige, con la sobriedad y objetividad de sus noticieros, una barra infantil que no son únicamente caricaturas y un periodismo profesional que investiga, publica y critica, cómo la única opción saludable de la televisión doméstica.

Por lo tanto, si la televisión se ve “obligada” a programar guiada por el *rating*, a los políticos en campaña, en eterna campaña, les quedan dos opciones: pagar lo necesario por el tiempo televisivo de mayor audiencia o incitar al escándalo mediático que atrae a los electores. De la primera opción no hay que decir mucho, el despilfarro del dinero de los contribuyentes pagado a las compañías ya a nadie sorprende, los millones gastados

nos suenan a cosa común, trivial. En la otra opción es dónde se sitúa el punto de interés, al asumir que la política es *videopolítica* —otro término al que Sartori acude—, nuestros candidatos se convierten en celebridades y los medios en *paparazzi*. Vienen entonces los asesores de imagen, el retoque fotográfico, los ideólogos del escándalo dispuestos a hacer de su candidato una estrella política y posicionarla en el primer lugar del *ranking* de la popularidad, la encuesta ciudadana. Irónicamente, el objetivo de toda campaña es hacer de un aspirante alguien cercano, familiar al pueblo, amigo de todos y —he allí la paradoja— las estrellas son, por naturaleza, distantes, inalcanzables.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, el término “máscara” proviene, en su acepción más antigua, del árabe *masharah*, “objeto de risa”. Y que son las teatrales representaciones de nuestros políticos sino asunto de risa, de triste risa. Por ello no es de extrañar el papel que los medios actúan. En algún lugar leí que para Vivian Abeshunshan los *paparazzi* son los policías morales de las celebridades, análogamente los medios se postulan a sí mismos como los jueces de la opinión pública, consideran que de algún modo el poder de la publicación les confiere derechos especiales y, en concordancia con el esquema de la fiesta y el carnaval, se dedican a sacar a la luz excesos, tropiezos, asuntos de morbo, en lugar de cuestiones que contribuyan a la formación de la opinión pública —*doxa*. Y con actores carentes de todo carisma o la mínima habilidad escénica, es lógico comprender que los medios apuesten por publicar la bufonería y no la seriedad, por presentar la pasarela de máscaras tal cómo es: lúdica, irrisoria, a veces ridícula.

Al efecto desgarrador de la sub-información en la que vivimos gracias a la mediocridad de la televisión, se suma la confusión que provoca el Internet (todavía una plataforma de acceso restringido a muchos mexicanos en la medida de sus posibilidades). Según uno de los máximos teóricos del posmodernismo, Jean Francois Lyotard, la exposición humana a una gran cantidad de contenidos de procedencia anónima o, por lo menos, incierta, en las distintas interfases de navegación de la red, provoca trastornos en el reconocimiento y el afianzamiento de la identidad individual y colectiva. Por lo tanto, vemos con gravedad el hecho de que la opinión pública termina por ser un remedo de la necesaria en un régimen democrático —aquella opinión que conoce de los asuntos de política pública y participa, directa o indirectamente, de ellos; una opinión pública que *sabe*. De acuerdo con múltiples encuestas, a un mes de la elección federal más disputada en la historia del país, además de la de mayor proyección mediática, más del 30% de los mexicanos dice no conocer la fecha específica de la elección, mucho menos las propuestas de sus candidatos. Ésto significa que la nuestra es una sociedad que *no sabe* porque, primero, no cuenta con la capacidad de abstracción para comprender lo qué, segundo, pocas veces se le ofrece con objetividad y, tercero, que ya no se interesa porque el carnaval con sus máscaras y sus *paparazzi* ya no le resulta creíble, sino falso, corrupto, indigno de su atención y, lógicamente, de su voto.

El desencanto se acompaña, de inmediato, con abstencionismo y los niveles rondan la mitad del registro del padrón electoral. Los gobernantes electos son escogidos, en realidad, por las minorías que sí acuden a votar. Lo preocupante es ver que dichos índices se registran con más frecuencia en la población menor de 34 años; los jóvenes

se han consolidado como el sector más desencantado de la política mexicana y el más reacio a la participación en actividades cívicas.

Llegamos con el abstencionismo a un punto de no retorno, el amor por la fiesta electoral permanece presente pero lo hace de manera pasiva. En un país de jóvenes, como tanto nos preciamos de presumir, son precisamente ellos quienes renuncian con indiferencia al poder de su capacidad transformadora, a la canalización positiva de su natural rebeldía. La conformación de su gobierno, el asunto más elemental que tiene cualquier nación, es ignorado hoy en México por quienes serán, próximamente, sus principales protagonistas, sus jóvenes.

Recapitulando, a partir de la constitución del IFE como un organismo autónomo, en México hemos gozado de elecciones limpias y funcionales, organizadas además por ciudadanos, que han garantizado la aceptación de los resultados por los distintos actores. Incluso en los casos de márgenes estrechos e impugnaciones, el Tribunal Federal Electoral ha cumplido su papel de dirimir y nunca se ha cuestionado su resolución una vez declarado el fallo definitivo. Aún así estamos muy lejos de contar con un sistema electoral impecable, existen múltiples vacíos en la reglamentación e instrumentación de distintos aspectos de los accesos al poder y sus métodos. No basta con que seamos llamados internacionalmente para “observar” elecciones ajenas, los comicios son sólo una parte de la maquinaria democrática, tal vez la más representativa y escandalosa, pero sólo una parte.

Más importante, incluso, que la elección en sí misma, porque los mecanismos que permiten la formación de la decisión influyen directamente en el resultado. Por lo tanto, podemos afirmar que mientras las elecciones garantizan que quién es votado detente el poder, no garantizan que el acceso al poder haya sido justo o adecuado, en el camino pueden torcerse muchas estructuras si el árbitro, en este caso el IFE, no reglamenta con suficiencia y efectividad. Craso error el de haber sustituido completamente a los consejeros electorales en el instituto, no porque los nuevos no gocen del currículo o las capacidades, sino porque se está perdiendo toda la experiencia ganada en el último sexenio por los consejeros anteriores y porque la decisión se tomó, para variar, basada en intereses partidistas y con el paradigma mexicano de que toda reelección es *a priori* negativa.

Y con la inestabilidad política que se aprecia en temporada electoral no tardan en surgir las voces que apelan a una vuelta atrás, que cuestionan con amnesia la legitimidad y validez del régimen entero que hace 6 años era una panacea. Si a ello agregamos que los resultados en materia de política social han sido escasos, por lo que conservamos una gran cantidad de ciudadanos en la pobreza, alentados por grupos de choque y sindicatos arcaicos dispuestos a la confrontación violenta antes de cualquier negociación sensata, entonces es lógico ver emerger la polémica que ha consumido a México en muchas de sus épocas y que ha costado vidas y siglos de atraso económico, político y social, aquella de la elección entre la izquierda y la derecha. No quiero ahondar en el tema porque no es éste un ensayo sobre una cuestión de ideología, sino de práctica política. Me alcanza con citar la lucidez desenfadada del maestro Cosío



Villegas para deshacer el nudo gordiano: ambas posiciones son una mera cuestión referencial, *se está a la izquierda o a la derecha de algo*.

Solucionado el problema, reconozcamos en el exterior que no es la naturaleza ideológica de los estados la que condiciona los resultados que éstos arrojan, sino la capacidad de los mismos para establecer un entramado normativo, basado en la constitución, que rijan las distintas esferas del quehacer público y privado. Lo que César Cansino y otros tantos analistas políticos han propuesto bajo el nombre de una verdadera Reforma del Estado, una reforma profunda que lleve hasta sus últimas atribuciones al sistema electoral, que establezca procedimientos que hagan posible la consecución de acuerdos entre el Ejecutivo y el Legislativo, que lleve a la *praxis* el federalismo de la república y redunde en el reconocimiento y respeto irrestricto de nuestros derechos y garantías individuales. De modo que antes de empezar a encender antorchas y empuñar los machetes porque nuestro desarrollo social no es suficiente, empecemos por recordar que la premisa de toda democracia social es la democracia política, esa que desistimos de construir completa este sexenio y que hace asequibles las *otras* reformas pendientes.

Por último, el papel de nuestros gobernantes es adoptar la actitud que describe Christopher Priest en su novela ***El glamour***, abandonar los reflectores y ejercer el poder volviéndose invisibles; pasando inadvertidos por los medios y los ciudadanos; despojarse de la máscara en un papel menos célebre pero más efectivo; sólo entonces, con sobriedad y profesionalismo, habrán cumplido su responsabilidad y librarán el olvido. Nuestro papel como sociedad es no dejarnos llevar por el desencanto o el

hartazgo y aprender a leer entre líneas las actitudes y el discurso de nuestros políticos; aprender a descubrir la intención oculta tras cada noticia, cuestionando lo poco que leemos y lo mucho que escuchamos y vemos; aprender a cruzar una boleta en secreto haciendo uso de nuestra libertad y nuestro conocimiento. Así de simple es nuestro papel como ciudadanos, el de ser unos buenos gobernados. Un papel que no es malo ni poco porque la democracia es un sistema en el que los que mandan lo hacen — deben hacerlo— obedeciendo.

***Yo soy López***